



Desde la televisión, con el prestigio de quien pudo haber hecho y no le dejaron, Enrique Fuentes Quintana denunció la calda vertical, casi desesperanzada, de la economía española.

otros. Un inventario que se podría hacer largo y detallado, pero que probablemente está en la mente de todos, incluso en la de los optimistas, que parece que también los hay. Sobre todo, los que esperan salir con algo entre los dientes del resultado de esta crisis.

LA crisis de país no está contenida en la solución, mayor o menor, a la crisis —o renovación, o remodelación, o retoque, o lo que sea— del actual Gobierno de UCD. No ha estado a la altura de las circunstancias, no hay por qué suponer que vaya a estarlo a partir de ahora. Del viejo sombrero de copa no pueden salir más que unos cuantos nombres, y en ningún caso son prometedores, por muy dignos y muy respetables que sean quienes los ostentan. La prestidigitación se ha acabado y el desgaste de UCD va en progresión acelerada. Todos los ritos que van a seguir, o pueden seguir, apenas van a suponer nada: cambios de denominaciones, cambios de cargos, juramento, presentación a las Cortes si la hay, quizá un programa de gobierno, algunos discursos de los nuevos, alguna alocución del presidente. Todo va a caer en un país cansado y gastado, que lo va a acoger con el sombrío escepticismo propio de estos tiempos. Y con esa noción del "mal menor", del estar condenados a Suárez y a UCD por largo tiempo. Todo se ensombrecerá más cuando, a quien corresponda hacerlo, se pronuncie el consabido discurso de "apretarse el cinturón" o de repartir el sacrificio.

LA democracia tiene unas servidumbres, pero también tiene o puede tener unas grandezas. No aparecen en España. Son las grandezas de su propia filosofía: la amplitud de pensamiento, la discusión de ideas, la verdad sobre todas las cuestiones, la discusión parlamentaria abierta, la posibilidad de caminos nuevos. Nadie puede pedir a la democracia que resuelva problemas insolubles (tampoco lo hace la dictadura: simplemente, los enmascara, y hasta los prohíbe), pero sí se puede exigir que sea de verdad un camino de participación de todos en todo, que sea un aliento para seguir adelante y una exploración de los caminos comunes; sobre todo, una explicación profunda y creíble de esos problemas y un buen reparto de responsabilidades y de participaciones. Es algo que cada día se ve más lejano. ■

Los
CoNteM
poRa
nEoS

REMODELANDO

APARECE un nuevo eufemismo: remodelar. El presidente Suárez, se dice y se insiste, va a remodelar su Gabinete. Su Gabinete no es su cuartito de estar en la Moncloa, sino el cuerpo de ministros del Estado. Es decir: lo vuelve a modelar. Antes esta operación se llamaba crisis. Crisis ministerial: cuando uno o varios ministros se retiran, o son retirados, de sus cargos. Pero era una palabra dura. Implicaba dificultad, disgustos, tirantez. Ya Franco se la quitó de encima: el tiempo de Franco fue el de los grandes eufemismos —o tapujos, o disfraces, o vías indirectas— y las crisis se llamaron relevos. Un término castrense. El Gobierno era el mando: nos mandaba a todos nosotros. Ahora también manda, pero no se puede decir: no es de buen tono, no es democrático. Y al Gobierno se le remodela. La palabra va haciendo fortuna. Apenas aparece uno de estos términos suaves y ambiguos, hay muchos que se apoderan de él: lo están esperando. Un ministro, el de Obras Públicas —Sancho Rof—, del que se dice que va a ser remodelado, y quizá lo haya sido ya cuando salgan estas líneas, anuncia que un barrio de Madrid, Palomeras, va a ser "remodelado". Se insiste: se va a remodelar toda la zona, se va a remodelar el barrio. El objetivo: realojar a doce mil familias. La clave está en el re. Ya se sabe que la partícula inseparable es ambigua. Puede significar muchas cosas: repetir, rechazar, retroceder, negar o invertir.

Modelar es algo poco claro. Tiene un cierto sentido artístico, estético, a partir de una materia plástica. Es lo que hacen los escultores. Suárez esculpió su Gobierno; lo vuelve a esculpir ahora para que tenga un aspecto nuevo y más bonito. Papini contaba de un escultor que modelaba en humo. No le gustaban las formas permanentes. Era un símbolo de la vida: la materia que siempre se escapa de las manos y toma sus propias formas, no las de su autor.

Pero también puede ser producto de modelo: la forma ideal, la perfección. La condesa de Ségur escribió "Les jeunes filles modèle", o cómo debían ser las jovencitas para agradar a sus padres y a la sociedad. Remodelar sería retocar el modelo original, que ha podido desgastarse con el tiempo, ayudar a su perfección.

Todas estas especulaciones hay que hacerlas porque la palabra remodelar no está en el inventario del idioma castellano oficial, y trata uno de saber qué es lo que va a hacer, está haciendo o ha hecho ya Suárez, dentro del hermetismo —dicen sus íntimos— con que realiza la operación. Con lo que nos encontramos que todo tiene una imagen meliorativa; el arte, la perfección, el modelo; volver a insistir en aquello que se creó despojándolo de sus pequeños vicios; suavemente, dulcemente.

De otra manera, alguien podría creer que las cosas van mal. Que no han funcionado como estaba previsto, que el país está en un momento difícil, que hay que abordar las cosas con otra óptica. Y, evidentemente, no se trata de eso. Eso sería una crisis, y aquí no hay crisis desde la Segunda República, evidentemente. Lo que hay es una remodelación. ■

POZUELO